

MÁS ALLÁ DE NUESTRA PROPIAS FRONTERAS

(Homilía en el II Encuentro Internacional de Laicos Cistercienses, Conyers, 25 abril 2002)

Nuestra vida monástica cisterciense puede ser considerada como un carisma. Es decir, como un don del Espíritu para la Iglesia de Cristo. Este don fue entregado en un momento preciso de la historia, en una cultura determinada, para responder a desafíos particulares y, quizás, en reacción a determinadas situaciones. Todo esto es discutible.

El tiempo incide en el carisma en una doble forma: lo oscurece y lo ilumina. Lo oscurece pues el carisma ha nacido en un contexto local y en un momento determinado. Lo ilumina, pues es precisamente el paso del tiempo el que lo desvincula de las circunstancias que le sirvieron de encarnación original.

La historicidad de nuestro carisma exige la necesidad e impone el deber de *aggiornamento* y de inculturarlo. La inculturación no dice sólo referencia a lugares geográficos y a tiempos o épocas. Dice también referencia a los géneros (masculino y femenino), a las generaciones (jóvenes, adultos, ancianos), a diferentes grupos sociales (campesinos, ciudadanos, obreros, profesionales...) y a los estados de vida (clérigos, consagrados, laicos...)

La renovación suscitada por el Concilio Vaticano II fue un momento privilegiado en este proceso de *aggiornamento* e inculturación. El post-concilio nos regaló otra novedad: el nacimiento de grupos de laicos y laicas que desean compartir nuestro carisma en medio del mundo, de las realidades humanas y de las actividades seculares. Se trata, en consecuencia, de una nueva inculturación del carisma cisterciense.

Pero, ¡atención!, necesitamos que ustedes no sean “fotocopias” cistercienses en su versión monástica sino que re-encarnen el carisma, nos hablen de él con otro lenguaje, descubran nuevas mediaciones, lo re-inculturen. Y para todo esto no precisan pedirnos permiso a nosotros, el carisma es un don que hemos recibido y encarnado históricamente, pero no es de nuestra propiedad. Los invito a seguir arriesgando y a ir más allá de nuestras propias fronteras.

En realidad, no soy yo quien los invita. Es el propio Espíritu quien le ha hablado al corazón y los ha invitado a recrear nuestro carisma cisterciense dándole una nueva forma. Las preguntas que nos podemos formular son estas:

- Cuáles sería los criterios básicos para discernir una vocación cisterciense laical en su inicio y en las distintas etapas de crecimiento.
- Cuáles son los *exercitia corporalia et spritualia* propios de una *conversatio* cisterciense laical para ser vivida en el mundo, aunque no sea del mundo.
- Cuáles sería los elementos fundamentales para establecer un programa de formación que permita encarnar los valores en las vidas de los laicos/as cistercienses.
- Cuáles son los servicios y relaciones que han de existir entre los miembros del un grupo de laicos/as cistercienses a fin de que la vida crezca y se difunda.
- Qué forma de compromiso han de unir a los laicos/as cistercienses con el Señor, con los otros miembros del grupo, con el monasterio de referencia y con la Orden.
- Qué tipo de unión o de asociación podría existir entre los grupos de una misma región y de las distintas regiones entre sí.
- Qué se espera de los monasterios de referencia y de la Orden en su conjunto.

Muchas de estas preguntas ya han sido respondidas por muchos de ustedes. En algunos casos las respuestas han vencido el paso del tiempo, han mostrado un valor estable y se han recopilado en estatutos. Por eso podemos confrontar nuestros hallazgos a fin de seguir buscando y encontrando.

Que el Señor nos asista con su Espíritu creador. Amén

Nota de redacción:

En este documento no consta el nombre del autor de la homilía, pero por su contenido pensamos que puede atribuirse a Dom Bernardo Olivera